

17 de febrero de 2004

Esta mañana, entre los papeles esparcidos sobre la mesa de mi despacho, había un documento que atrajo mi atención; no me explico qué hacía en aquel reino del desorden. Es presumible que Iscario, a fin de ahorrarse los escasos metros que le restaban para llegar a la papelería, lo hubiera depositado allí. Se trataba de un estudio en el que se medía el provecho académico de los alumnos en diferentes materias. Como no me apremiaba ningún quehacer —estaba inmerso en la situación de impasse que me suele sobrevenir cada vez que paso la última página de un buen libro—, me interesé por los resultados que figuraban sobre el rendimiento de los alumnos españoles en lectura. Mientras echaba un vistazo a los datos y gráficas, mis ojos, sumidos en la nostalgia, se activaron hacia dentro, dirigiéndose a los recuerdos de una época en que la lectura pasó a formar parte ineludible de mi existencia. Todo empezó un día de finales de febrero que me tocaba permanecer en la biblioteca durante el tiempo de recreo. El motivo era que tenía el pie escayolado porque me lo había dañado tras saltar de la parte de atrás de la bodega de un camión en marcha. Dominado por un ánimo clandestino, como estaba solo, tuve el atrevimiento de coger un libro de la mesa de la señorita Claudia. Era un ejemplar muy viejo. No recuerdo el título. Me tomé la libertad de hojearlo procurando que no se saliese el llamativo marcapáginas que sobresalía del borde superior. Como si me sintiese impulsado por un mandato atávico, cerré los ojos para concentrarme profundamente en el aroma ligeramente leñoso y ácido que exhalaban aquellas hojas amarillentas. Los efluvios de las emanaciones evocaron en mi mente las sensaciones secretas que me solía provocar la presencia de la dueña del libro. En la primera página, escrita a bolígrafo con un tipo de caligrafía muy armónica, figuraba la palabra «Claudia» subrayada de forma sincera y espontánea con una simple raya que salía del palote de la «a» — una «a» redondita y muy bien confeccionada—. Como en todos sus libros, debajo del nombre, acompañado de un leve y fugaz guion, aparecía expresado un año que tampoco recuerdo. Llamaba la atención —aquel día me resultó chocante— que el libro estuviera repleto de subrayados y, en algunas páginas, aparecían, incluso, anotaciones en los márgenes. El caso es que, con el tiempo, yo también llegué a adoptar esta costumbre. Quizás, una parte significativa de mi pasado podría descubrirse consultando mis subrayados más primitivos, practicando una impertinente paleografía que sacaría a la luz la poca osadía que encerraban mis primeras lecturas serias. Todavía no me había sobrepuesto al éxtasis de la fantasía evocada por mi imaginación cuando, de repente, la musa que dominaba mi ensoñación se precipitó en la estancia donde me hallaba. Para mi sorpresa, la señorita Claudia, en lugar de reprenderme, confundida, se apresuró a mostrarme su agrado por el interés hacia la lectura que quiso entrever en mí. El caso es que, hasta entonces, yo no había leído más libros que los que me habían

obligado en el colegio. Había devorado tebeos —tenía varias cajas llenas de ellos—, pero «Biblioteca» significaba para mí lo mismo que para todos mis compañeros: el lugar al que deberían acudir quienes habían sido castigados sin recreo o expulsados de la clase por mal comportamiento, y donde, también, permanecían los lisiados temporales durante los periodos de descanso entre las horas lectivas —como era mi caso—. Los únicos libros que yo, de forma voluntaria, había extraído de las estanterías que cubrían aquella sala habían sido algunos tomos de la Gran enciclopedia Larousse para buscar clandestinamente definiciones de términos de contenido sexual. Aquel día los astros maniobraron a mi favor: la señorita Claudia decidió, por cuenta propia, elaborar para mí un programa de iniciación a la lectura en el que, en principio, desde mi perspectiva, lo de menos eran los libros. Los saludos obligados siempre me repugnaron. Para estos asuntos durante mi adolescencia temprana me convertí en el ser más escrupuloso del mundo. En la celebración litúrgica, cuando don Zenón, con los brazos extendidos, decía aquello de «daos fraternalmente la paz» y, a continuación, tenía que estrecharle la mano a cualquiera, me acercaba a la repulsa que debe sentir una prostituta ante un cliente. La excepción: Adelina, la hija de Luis el Vinagre —su figura, puesta de relieve por los vestidos que lucía con primorosa voluptuosidad, encarnaba mi máxima aspiración sexual—. La primera vez que mi cuerpo compartió vecindad con el suyo en un banco de la iglesia, experimenté un ardoroso cosquilleo solo con estar a su lado, canjeando la atención al cura por la contemplación del derroche de sensualidad que irradiaban sus labios, estimulados por la presencia de Lunareta —su amor imposible—. Y en el instante en que ella, con un aire un tanto indiferente, tomó mi mano para cumplir con el rito de la paz, aquel fugaz contacto —fugaz pero intenso—, me produjo tal vértigo que avivó en mí un repentino deseo de asistir de nuevo a misa; justo cuando este hábito, impuesto por mi madre, se encontraba en absoluta declinación en mi vida. En el otro polo, el tormentoso proyecto que las más decrepitas de mis vecinas ensayaban conmigo: una asquerosa e inoportuna tanda de pegajosos besuqueos a cualquier hora del día. Nada que ver con el arrebató de placer que me habría provocado la señorita Claudia si, tan solo una vez, hubiera posado sus carnosos labios sobre los míos. En torno a este apasionado deseo giraban mis ensoñaciones por aquel entonces. Aquella cara —redondita como las aes de su caligrafía— y su cutis rosado con cremosas mejillas se habían ganado toda mi veneración. La recuerdo como una mujer de una pieza, llena de vida y energía, con un punto de discreción en su comportamiento y, al mismo tiempo, elegante y seductora en su manera de vestir. Su carácter reservado y los singulares intereses que la ocupaban me mantuvieron intrigado desde el principio. Mi fascinación por ella fue mi gran secreto. Comenzó su plan de lectura con los títulos que ella consideraba imprescindibles para una persona de mi edad y, desde el primer préstamo, antes de que hubiese transcurrido el tiempo que la joven profesora estimaba oportuno, yo ya

había devorado el último libro prestado y, lleno de deseos inconfesables, la buscaba para que me entregase la nueva historia que me tenía reservada. Tenía la sensación de que cada libro que me prestaba había perdido en el paso por sus manos el sopor de la obligación académica. La presencia de esta mujer en mi vida se había convertido en algo indispensable. Supongo que el rito que repetía en cada cita lo llevaría a cabo con la intención de ganarme definitivamente a la lectura, pues, a modo de reclamo, en cada nuevo préstamo, siempre que sus ocupaciones se lo permitían, paciente y entregada, me ofrecía un breve comentario de la lectura que me aguardaba, con aquella voz que tanto me conmovía, llena de sensualidad y apasionamiento. Pero el auténtico señuelo se encontraba en mi esperanza de volver a disfrutar de un nuevo encuentro con ella. Yo vivía aquella relación con el ansia vislumbrada en el excitado goteo que derrama la lengua de un perro afanado en atrapar una y mil veces más la misma pelotita ensalivada que le lanza su amo. Contemplar la coqueta discreción con que se atusaba el pelo, después de retirar de su profesoral naricilla las gafas de lectura, era una imagen que había traspasado la frontera de la fantasía. Y cuánta satisfacción me producía escucharla atentamente mientras fijaba mis ojos en su frente amplia; una frente que evocaba un apasionado albergue de palabras y pensamientos. Cuando terminó el curso, un jarro de agua fría se precipitó en mi vida: la señorita Claudia desapareció de Guadalbarqués y, durante un tiempo bastante largo, no pude quitármela de la cabeza ni un solo minuto. El caso es que nunca volví a saber nada de ella y, por supuesto, tampoco tuve ocasión de devolverle el último libro. El hábito de la lectura había enraizado definitivamente en mí, pero, al mismo tiempo, se había establecido una profunda relación entre los libros y las fantasías sexuales que mi mente se figuraba a partir, no solo de la lectura, pues descubrí un singular excitante para mi imaginación diferente del convencional. Había una cualidad en los libros que, sin darme cuenta, pasaría a servirle de estímulo a mi imaginación; se trataba de cierto olor característico, ese aroma intenso ligeramente leñoso y ácido que desprenden algunos libros viejos. Al poco tiempo, quizás debido a que me hallaba inmerso en todo género de eclosiones internas y mi ánimo se entendía muy bien con la rebeldía, no me supuso un gran esfuerzo dejarme llevar sin cortapisas por el extraño deseo que comenzó a visitarme. Durante las vacaciones de verano, empecé a notar que la libido por fin se despertaba en mi vida y, excitado como un can en celo, siempre que me resultaba posible, acudía a la biblioteca municipal y, cuando me sentía fuera de la vista de la encargada, seleccionaba entre las estanterías aquellos libros que mostraban un aspecto más viejo, los abría y, entre sus hojas, lleno de fruición y deseo, rastrea con mi olfato la presencia del tipo de aroma que le permitía a mi imaginación llenarse de las embriagadoras fantasías que protagonizaba conmigo la señorita Claudia. Con el tiempo la lectura me serviría para saltar la frontera que separa un mundo adusto y circunspecto de otro mucho más desatado, y alcanzar una experiencia de vivificante liberación.